

68.^a REUNION. CONTINUACION DE LA 7.^a SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. ELISEO CANTON

Diputados presentes: Acosta, Agote, Alvarez (A.), Arias, Avellaneda, Ayarragaray, del Barco, Bouquet, Bréard, Calderón, Calvo, Cárcano, Carlés (C.), Carlés (M.), Castañeda Vega, Castex, Cernadas, Conforti, Correa, Costa, Crouzeilles, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheocopar, Etcheverry, Ferrer, Fonrouge, Fraga, Freire, Frías, Galigniana Segura, García, Goenaga, González Bonorino, Guevara, Hernández, Iriondo, Iturbe, Lacasa, Lassaga, Lavié, Lezica, López (M. E.), López (P. C.), López Mañán, Lubary, Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Molina (E.), Molina (M.), Montes de Oca, Moreno, Moyano (F. J.), Moyano (R.), Mugica, Olivera (B.), Olmedo, Padilla (E. E.), Padilla (M. M.), Parera (F. M.), Parera (R. A.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pera, Pérez Virasoro, Pinedo, Revilla, Roca, Rodríguez Jurado, Santamarina, Sosa Carreras, Terán, Varela, de la Vega, Vernazza, Vocos Giménez, Zambrano.—**Ausentes con licencia:** Bengolea, Candioti, Gómez, Gonnet, Ortiz.—**Con aviso:** Anchorena, Bonifacio, Carranza, Cordero, García Vieyra, Garrido, Loza, Luro (P. O.), Maza, Olivera (G. P.), Paz (M.), Pinasco, Ruiz Moreno, Saavedra Lamas, Serrey, Tenreiro, Vega.—**Sin aviso:** Alsina, Alvarez (J. M.), Bejarano, Beltrán, García González, Guasch Leguizamón, Leiva, Meyer Pellegrini, Oliver, Rivas, Vergara.

SUMARIO N.º 68

1

Mensaje del Poder ejecutivo con observaciones á dos proyectos de ley sobre **pensiones y jubilaciones**.

2

Mensaje del Poder ejecutivo acompañando una nota de la Suprema corte de justicia, referente á la jurisdicción del **juzgado federal de Bell Ville**.

3

Peticiones particulares.

4

Licencia al señor diputado Enrique Revilla para faltar al resto de las sesiones.

5

Mociones relativas á la fijación de jurisdicción del **juzgado federal de Bell Ville**.

6

Continúa la discusión en particular del proyecto de **reforma de la ley electoral**.

—En Buenos Aires, á 1.º de diciembre de 1911, el señor presidente declara reabierto la sesión á las 4 y 40 p. m., con asistencia del señor ministro del interior, doctor Indalecio Gómez.

ciones, como he dicho, la parte norte, que queda con la capital, tendría sesenta veces más trabajo que la parte sud. ¿Por qué? Porque la capital absorbe casi la totalidad de los asuntos, sin contar todo el trabajo electoral que pesa sobre el juzgado de la capital y no sobre el de Bell-Ville.

Sr. Presidente—Parece que hay asentimiento en el sentido de que el asunto se aplaze hasta la sesión próxima.

Sr. Galigniana Segura—Hasta después de terminar el asunto electoral.

Sr. Peña—Yo haría indicación que fuera para la sesión próxima, porque el asunto es urgente.

Sr. Ferrer—Es muy urgente.

Sr. Peña—La idea del señor diputado Ferrer importa un proyecto nuevo: importa la traslación del juzgado de Bell Ville. Es una complicación del asunto. Por lo que se está actualmente clamando es por una solución inmediata, para que ese juzgado tenga el trabajo que le corresponda. Sólo en consideración á la moción de presencia del señor ministro, aceptaría el aplazamiento de este asunto hasta la sesión próxima.

Sr. Presidente—Muy bien: se va á votar si se aplaza este asunto hasta la próxima sesión con asistencia del señor ministro.

—Resulta afirmativa.

6

LEY ELECTORAL

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor diputado Agote.

Sr. Agote—Decía en la última sesión que había tomado parte en el debate sobre el voto obligatorio sin haber escuchado la palabra de los oradores que de él se habían ocupado y especialmente del señor ministro del interior, que como autor de la ley y habiendo tomado parte en la discusión, me colocaba en la imprescindible necesidad de conocerla, para poder entonces, ó acompañando con mi adhesión, ó rebatirlo en el caso de que no estuviera conforme con sus opiniones. El espacio de tiempo que ha transcurrido entre una y otra sesión, me ha permitido hacerlo y también el discurso del señor diputado Penna, del cual siento manifestar que me ha extrañado muchísimo notar

en el «Diario de sesiones», que ni una sola voz se haya levantado para impugnarlo.

Veó, señor presidente, que cada vez que se implanta una reforma de la naturaleza de la que estudiamos, se sigue un criterio que para mí tiene un grave defecto; el criterio de hacer obscuro, de llenar de sombras el cuadro y pintar al país en una de las situaciones más desgraciadas y más difíciles, para que una vez impresionado el auditorio no sólo desee que se mejore, sino que lo solicite con anhelo, con el más grande de los entusiasmos para poner pronto término así á una situación que pesa en forma tan desgraciada sobre la conciencia pública...

Y es así que el primer día, al tratarse este proyecto de ley, el señor ministro nos hablaba de la situación corrompida del país en materia política; y como su corolario, agrégase el discurso del señor diputado Penna que ha ido aun más lejos, pintando á la nación como el obeso tirano, que sumergido en el sopor de la imbecilidad, por la gordura que ha destruído las células nobles de su cerebro, necesita ser estimulado con traumatismos dolorosos para que dé señales de vida... El señor ministro, al referirse á este discurso, manifestaba su complacencia, su adhesión á él...

Y bien, señor presidente. No es exacto nada de esto... Y no lo es ni en relación al pasado, ni en relación al presente, pues por el contrario, es en estos mismos momentos que, bajo la gestión del actual presidente y de su ministro del interior, doctor Indalecio Gómez, se da el mentís á estas afirmaciones, poniendo de manifiesto que la vida pública está palpitando. Me refiero á la provincia de Santa Fe, donde los partidos están en lucha, y donde, bajo la simple seguridad de poder votar, esos partidos se han reunido, los hombres han manifestado sus ideas públicamente, han acudido al padrón y mañana acudirán á las urnas, y posiblemente lo que resulte de esas urnas va á ser la expresión de la mayoría del pueblo de Santa Fe.

Entonces el mal no es tan grande, no es necesario despertar con golpes, con sanguijuelas ni con pinchazos á este obeso que vive sumergido en el sopor de la imposibilidad y de la gordura.

Los que de lejos nos observan, los que reciben la impresión concisa, pequeña, que se manda al extranjero, que puede servir de elemento de juicio para juzgarnos, harán esta observación curiosísima: que no hay peor enemigo de los argentinos que los argentinos mismos!

Sé que el mal existe y que el hombre está inclinado á hacerlo. Sé que hasta las obras perfectas tienen defectos, y que lo tienen las obras mismas del Creador. Y la prueba la tenemos en Adán y Eva, que, á pesar de haber salido de sus manos, fueron los primeros culpables que la tierra conoció. Y me pregunto: si estas creaciones primeras del Ser supremo de bondad y de justicia, del que no se equivoca nunca, demuestran que se equivocó esta vez, ¿por qué no hemos de pensar que los errores son propios de nuestra naturaleza, sin necesidad de echar sombras sobre la parte vívida del cuadro, que el Centenario nos ha ofrecido en la forma más gloriosa que se puede presentar?

Bien, señor presidente; dejo cumplido un deber que he considerado imperativo, y entro entonces al fondo de la cuestión, para tratarla en las diferentes fases que ofrece y que creo que son múltiples, á pesar de su simple enunciado, porque aunque se trata del voto obligatorio, en realidad comprende diversas cuestiones que es necesario examinar una á una para poder formar juicio con toda libertad de examen, con toda libertad de conciencia.

Es indiscutible que el hecho alrededor del cual gira todo este proyecto de ley está basado en la ausencia de partidos, que ha llamado la atención de los diversos presidentes que en los últimos años se han sucedido. Recuerdo que en uno de los mensajes del anterior presidente, doctor José Figueroa Alcorta, decía que era necesario formar colectividades de opinión, que era necesario fomentar la creación de partidos que llevarán al gobierno sus propósitos y sus ideales.

Se ha dicho también en esta cámara, y los señores diputados lo han oído de varios oradores, que esta ausencia de partido es real y que ella va á desaparecer el día que los ciudadanos puedan votar, ó el día que sean obligados á votar, como segundo corolario.

Y bien, señor presidente: me doy per-

fectamente cuenta de que no existan partidos; y aun más: me llamaría la atención de que existieran partidos de principios en el momento actual de la República Argentina, debido á nuestra idiosincracia, á nuestro modo de ser, á nuestra tolerancia; tolerancia en las ideas y tolerancia en los sentimientos. Nos encontramos los espíritus más avanzados en cualquier orden de ideas, en perfecta comunidad; y si alguna vez es cierto que los extremos se tocan, en la República Argentina es exactísimo con las diferentes tendencias é inclinaciones de los hombres que la componen.

Hay dos partidos, señor presidente, tradicionales en cualquier parte de la tierra, del mundo civilizado: me refiero al partido católico y al partido liberal. Partido católico que existe en Alemania, que existe en Francia, que existe en todos los países de Sud América con distintos nombres: conservador, católico, etc. Y bien, señor presidente, en la República Argentina no existe partido católico! Y tengo yo al frente y me complace verlo en esa banca, al señor ministro del interior, que ha sido uno de los leaders más entusiastas, más convencidos del partido católico en otra época no muy lejana, pero hoy día no existe el partido católico en la República Argentina!

Sr. López (P. C.)—¿Quién lo ha dicho?

Sr. Agote—El señor diputado Costa decía el otro día que no quedaba nada más que un último caballero en esta cámara de ciertas ideas políticas... y estoy convencido de que como miembro del partido católico, el señor diputado por Corrientes es el último.

Se pueden tener ideas católicas y se tienen; pero no existe el partido católico, en el sentido estricto de la palabra.

Sr. López (P. C.)—Existe.

Sr. Agote—Se puede ser un católico convencido, y me complace de que los haya en mi país, aunque no comparto sus ideas y sentimientos.

Sr. López (P. C.)—Pero no es exacto que no exista el partido católico.

Sr. Agote—... y sin embargo, ese partido ha sido un partido fuerte en nuestro país.

Sr. López (P. C.)—Y lo será siempre!

Sr. Agote—Rogaría al señor diputado que concluyera de una vez por hacerme todas las interrupciones que desee, para tener el placer de contestárselas también de una vez, aunque le declaro que sus interrupciones no me molestan.

Sr. López (P. C.)—Nada más, señor.

Sr. Agote—Lo único que le pido es que sean formuladas en voz alta y con claridad.

Sr. López (P. C.)—Muy bien señor!

Sr. Agote—Decía, señor presidente, que á pesar de haber existido este partido con prohombres, con verdaderas personalidades en la elocuencia, en las letras, en las ciencias y en la cátedra; verdaderas personalidades en el mundo político; de haber existido periodistas que han esgrimido la pluma y han llevado sus ideas á todos los ámbitos de la República, ese partido de tanta consistencia como son los partidos del credo católico en todas partes de la tierra, de entre nosotros ha desaparecido, y ha desaparecido completamente! Y sus hombres, señor presidente, han ido á engrosar las filas de todas las otras agrupaciones políticas más ó menos accidentales ó permanentes que existen en la República. ¿Por qué? Por una sencilla razón: porque ante la tolerancia que rige todas nuestras costumbres, que suprime todas las asperezas, que facilita todos los acuerdos, todos los términos conciliatorios, es inútil la existencia de ese partido! Ha desaparecido, porque no tenía razón de ser. El católico se encuentra con el liberal, sentados en la misma cámara; votan las mismas leyes, dan al César lo que es de César y á la Iglesia lo que le pertenece á la Iglesia! ¡Y en esta comunidad de pensamiento la paz reina en la República y en todos los corazones! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Bien, si pasa esto en el partido católico, que tiene sus raíces ¡tan profundas! en la naturaleza humana, tiene también que pasar lo mismo en las otras manifestaciones de la vida pública; porque el sentimiento religioso es también una manifestación de la vida pública, que aun cuando tenga por campo propio la conciencia, se exterioriza y busca sus medios de acción en el terreno de la política y procura conquistar posiciones para llevar sus ideas al terre-

no práctico, á fin de realizar sus anhelos, tampoco tenemos nosotros otros partidos políticos, porque la razón de ser de su existencia ha desaparecido, ó porque no existe en el campo de la discusión ningún problema de gobierno, ni sistema que nos divida, nos apasione ó nos interese grandemente.

Hemos tenido dos grandes partidos, cuyos últimos trozos están saecudiéndose dolorosamente en los países vecinos —el federalismo y unitarismo— que la capitalización de Buenos Aires concluyó por disolver en nuestro país el año 80, después de los sangrientos combates librados en los alrededores de esta ciudad.

Sr. López (P. C.)—Permítame! No fué debido á eso, sino á la unidad moral del pueblo argentino.

Sr. Agote—El día que se oyó el último toque de clarín de esa revolución se estableció la Capital federal en esta ciudad y terminó la existencia de esas manifestaciones partidistas! ¡Muy bien!

Desde ese día los partidos son más ó menos transitorios. Obedecen las reuniones, las agrupaciones de personas con propósitos políticos á las situaciones del momento; y con un poco más ó menos de duración, su existencia podría compararse á la de ese partido Unión comunal, que hemos visto prepararse en Buenos Aires para participar en la renovación de las autoridades edilicias, partido que ha redactado su plataforma electoral, su programa político en el que están atendidas y previstas todas las situaciones de la vida pública y social, programa que se ha leído en todas las asambleas de los comités... y que pasadas las elecciones ha desaparecido ó desaparecerá como esos montones de arena que el viento reúne y deshace en nuestras pampas, para dejar tras de sí, como antes, la misma superficie lisa y uniforme...

Sr. Carlés (M.)—El señor diputado podrá apreciar mejor la situación de este partido una vez que lo vea triunfar en las próximas elecciones de marzo. ¡Muy bien!

Sr. Agote—Los partidos tienden en la actualidad á otros objetos, perfectamente legítimos y lógicos: no van buscando solamente la realización de esos propósitos de que hablan en sus plata-

formas, porque si tomáramos todos los partidos de la República y acortando las distancias de localidades los pusieramos en columnas paralelas, los unos al lado de los otros, nos daríamos cuenta de que se han plagiado mutuamente... (*Risas*), porque todos ellos usan las mismas declaraciones y tienen los mismos programas, con las mismas frases, con los mismos términos! ¿Por qué? Porque no hay más que un pensamiento en todos ellos, que es el de buscar el mejoramiento de la administración provincial ó nacional en el sentido preciso que tienen estas palabras, respondiendo á todas las necesidades de la vida pública, así en la educación como en la justicia, en la agricultura como en el comercio, etcétera, etc. Y los partidos se reúnen entonces á buscar los hombres más aptos que puedan realizar su programa; y como consecuencia, tenemos que las banderas se confunden en la igualdad de propósitos y que las divisiones tienden á desaparecer terminada la lucha. Es así que cuando el señor diputado Costa habló de los «istas», á propósito de los personalismos como bandera de partido, fué interrumpido con verdadera elocuencia por el señor diputado Olmedo, y recuerdo que lo felicité por su réplica vibrante, aunque confieso que me dejé llevar en ese momento por la influencia de la palabra de mi colega. (Más de una vez sería conveniente en esta cámara dar la espalda á los oradores, para no dejarnos avasallar por la influencia de su palabra.) (*¡Muy bien!*)

Hay aquí otro partido en la Capital, que se llama socialista, y al cual nos hemos referido ya en nuestras discusiones. al que he clasificado como es el partido del porvenir... Sí, señor presidente: del porvenir, no del presente! Porque salvo unas cuantas habas bien contadas, ese partido no reúne ni por sus condiciones, ni por su cultura, ni por su número mismo, ni por las tendencias que lo dominan, el carácter de una agrupación capaz de imponer su influencia decisiva en la marcha del gobierno ó de la sociedad. El radio limitado de sus propósitos no llega todavía á esa amplitud de horizontes que caracterizan á los partidos que no se detienen ni en una localidad, ni en una clase de individuos, sino que miran á todos los sitios y á todos los hombres de cual-

quier raza, ó de cualquier posición social, elevada ó inferior, de horizontes, que suprimen la palabra «clase», para no ver más que hombres y ciudadanos, como lo pide, como lo exige y como lo clama la Constitución!

Por eso no he creído yo en el partido socialista, que se encuentra en su primer período evolutivo y que no tiene como programa en su bandera—á la Capital federal, me refiero—más que la disminución de los consumos y dos ó tres proposiciones por el estilo.

Sé muy bien que mañana voces autorizadas me contestarán que no conozco al partido socialista, que me he equivocado, que el partido socialista tiene tales y tales ideas, dentro de los propósitos generales...

Recuerdo, señor presidente, que en esta ciudad nos visitó uno de los más grandes socialistas que ha tenido la Italia: Ferri. Ferri fué el primero en desconocer una personalidad socialista, porque les dijo: Ustedes están todavía en el abecedario del socialismo.

Socialismo, como lo tiene Francia en su gobierno; socialismo como lo tiene Alemania, poniendo en jaque hasta el poder mismo del emperador: socialismo de cultura, que sabe hasta dónde debe ir; que protege al hombre, no por prevención hacia una clase determinada, sino porque á ese hombre se le ha arrancado un derecho. ¡Un derecho! Lo más sagrado que el hombre tiene, que vale más que su vida misma, porque sin derecho no vale la pena vivir! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El Poder ejecutivo—permítaseme que con todo el respeto que me merecen las personas que lo componen, lo manifieste—no ha mirado esta situación política sino á través de un índice muy estrecho, casi diría que en esta ley no se ha buscado nada más que remediar la situación de la Capital federal: casi con el socialismo se da la mano, en cuanto á sus propósitos en lo que se refiere á la extensión geográfica.

El Poder ejecutivo ha estudiado la situación de la Capital federal, y es ahí donde no ha encontrado los partidos: pero, como digo, los va á encontrar en toda la República—haciendo, respecto de éstos, la salvedad á que me refería sobre su forma y sobre las personas que están á su frente.

Por eso es que no ha visto que hay un partido conservador en la provincia de Buenos Aires; por eso es que no ha visto allí mismo una liga agraria que ha demostrado su poder en la actualidad, reuniendo en veinticuatro horas un núcleo importantísimo de personas terratenientes y de alta posición social, de quienes se ha dicho en esta cámara que sólo lo han hecho porque se les ha tocado sus intereses, lo que no puede ser motivo de crítica, por cierto, pues el factor económico es una base legítima y adecuada á la formación de un partido. Lo que es sensible es que no lo hayan hecho antes ó no hayan persistido, lo que demuestra que hay que esperar aún para ver entre nosotros partidos económicos.

No ha visto en la provincia de Córdoba que hay partidos que discuten la acción del gobierno; no los ha advertido, tampoco, en la provincia de Santa Fe, donde está él mismo en su interventor, porque, como decía el doctor Quintana en un famoso telegrama á uno de los interventores, creo que en Tucumán, el interventor no es más que la expansión física del presidente de la República: el presidente de la República mismo. ¿Y no está entonces en Santa Fe, recibiendo á cada rato, como si fuese una roca contra la que chocaran las olas de un mar agitado, las manifestaciones y la acusaciones recíprocas de los partidos que luchan antes de llegar á la urna misma? ¿No es esta una demostración de que esos partidos, como decía, existen? El Poder ejecutivo, al negar pues su existencia pone de manifiesto que sólo se ha referido, en cuanto al proyecto mismo y á las conclusiones lógicas que de él se desprenden, al territorio de la Capital federal.

Tenemos, entonces, señor presidente, que en esta situación, generalizado el mal de la capital á la República entera, ó limitándolo á la Capital exclusivamente, el Poder ejecutivo sólo encuentra el remedio de hacer nacer partidos, ya sea bajo la influencia del soplo divino, á lo que aludía en una sesión anterior el señor diputado Ayarragaray, ó á la manera de Moisés, golpeando la roca de donde había de manar el agua, el agua en abundancia y cristalina, es decir, hacer brotar partidos que vengan al mundo armados de todas las piezas, caballe-

ros andantes que limpien la liza de mandrines y la dejen perfectamente libre, y que desde ese día, desde ese momento, recién tengamos la pureza del sufragio, los hombres perfectos, y disfrutemos otra vez de aquella edad de oro que cantaran los poetas, pero que desgraciadamente no la vieron ellos, ni la veremos nosotros, ni los de más allá!

Y ese remedio soberano, última panacea que va á traer todo este magnífico resultado, es nada menos que el voto obligatorio. Pero al leer las palabras del señor ministro, en las que buscaba con verdadera ansiedad los fundamentos de su proyecto, debo decir, salvando, naturalmente, los respetos que su persona me merece, que no he encontrado ningún argumento que pueda justificar un cambio tan profundo en nuestras prácticas electorales. Quizá la falta de conocimiento en la materia, porque soy perfectamente lego en ella, y hablo más por impresiones que por estudio, no me haya permitido alcanzar el valor de sus argumentos; ocurriéndome lo que al buscador de oro que, al desconocer el cuarzo aurífero y golpearlo con el pie, no se da cuenta que acaba de pasar al lado de la fortuna que inútilmente busca con tanto ahínco. No he encontrado en el discurso del señor ministro ese oro escondido en el cuarzo. He encontrado una serie de proposiciones que el señor ministro se formula á sí mismo y que después él mismo se las contesta, diciendo: «Yo sostengo que sí, yo reconozco que sí, yo creo que sí». Pero la prueba que da valor al argumento, la nota, diremos así, que pone al autor bajo la página que contiene el dato, eso no se encuentra; y me obliga entonces á no poder contestar como quisiera, paso á paso, los argumentos del señor ministro como justamente lo solicitaran los periodistas, que muchas veces tienen la clarividencia de estas cosas, como cuando han dicho que cada uno de los oradores en este debate ha hecho su exposición, pero sin contestar á los argumentos contrarios con otras proposiciones capaces de convencer al adversario en el terreno de la discusión tranquila.

Es así, señor presidente, que el señor ministro hacía un estudio rápidamente, lo más rápidamente posible, sobre el deber y el derecho de votar, habiendo

llegado un momento en que en su discurso los dos términos se confunden, identificándose el uno con el otro, y para mí, que no tengo más nociones de derecho que aquellas que aprendí en el colegio nacional de Buenos Aires, en el texto del doctor Juan José Montes de Oca, en ese texto en que está perfectamente definida la noción de los términos derecho y deber, siendo cosa tan clara, me he encontrado en una enervación en que se habían cambiado los títulos: lo que era derecho se había transformado en deber, y lo que era deber en derecho!

Entendía yo, señor presidente, que el deber no puede excusarse, mientras que el derecho está en la libertad de acción; y un ejemplo que yo tenía, que facilita el concepto, es el siguiente: tiene el hombre el derecho de casarse, pero este derecho no entraña el deber de casarse; y algunos llegan hasta decir que por nada de este mundo quieren casarse... Unos votan, otros no votan, y otros por nada quieren votar.

Aquí, señor presidente—y creo que esta cita ha de serle agradable al señor ministro por sus lecturas clásicas y como gran latinista—voy á permitirle hacerle una cita y un símil, tomado de la historia romana, que ofrece en este caso su oportunidad.

Augusto, el célebre emperador, el primer emperador romano del segundo imperio, alarmado por la disolución social de Roma, de la corrupción general de las costumbres, al decir de los moralistas, ocupado en organizar todo en el país, desde la religión oficial hasta los últimos detalles, encontré con que la resistencia del ciudadano romano al matrimonio hacía difícil la persistencia de aquellas familias patricias en las cuales estaba, diré así, encarnada la gloria y la tradición de Roma.

Entonces ¿qué resolvió Augusto? Primero, predicar á los romanos la conveniencia del matrimonio. Todos los días de reunión en la plaza pública, en la basílica, en el foro, se leía una epístola del censor Marcelo, que decía más ó menos lo siguiente: El matrimonio es necesario al Estado. No podemos pasarnos sin la mujer; desgraciadamente la mujer ofrece muchos inconvenientes que no podemos evitar: pero sobrelevémoslos en obsequio del Estado, y en

esta forma lo salvaremos y haremos una obra santa y buena, como corresponde y como lo desea nuestro gran príncipe.

Este mal necesario que recomendaba Augusto no resultó suficiente; y entonces poco tiempo después, dictó la ley Julia, contra el adulterio y después la ley Papia Pópea para hacer casar á los célibes, en la cual se disponían las penas á que se hacían acreedores los ciudadanos que no se casaban, como lo exigía el príncipe.

Entonces, señor—hecha la ley, hecha la trampa—los romanos encontraron inmediatamente salida á la situación; y en vez de casarse con una mujer de dieciocho, veinte ó treinta años, resolvieron casarse con una niña de siete ó cinco años; y de esta manera la ley estaba salvada y los célibes seguían aumentando.

—El señor diputado Peña hace una observación en voz baja al orador, y éste agrega:

El señor diputado Peña me rectifica... Y voy á recordarle que en el matrimonio, dentro de las tres formas que tenía en Roma, estaba comprendido el compromiso. Así es como Agripina, madre de Nerón, se casó de once años con Domicio Ahenobarbo, consumándose el matrimonio en la época que el señor diputado considere oportuno... (*Risas*).

Sr. Peña—Muy versado en novelas el señor diputado.

Sr. Agote—Iba á decir que encuentro cierta analogía entre el caso de Augusto y la intervención del Poder ejecutivo en estas cuestiones de derecho y deber: en este tutelaje del Estado que llega hasta obligar al hombre á votar, precisamente en el momento, como decía el señor diputado Costa, en que procede como soberano... Y entonces yo me decía: ¿no será esto un principio ó más bien dicho, un corolario de esta ley tutelar, de este consejo que se manifiesta en los distintos órdenes de naturaleza superior, como la libertad... me es difícil entrar en este terreno, pues no quiero que se dé á mis palabras más alcance del que deben tener... no será algo como una intervención en el sagrado recinto de la libertad de conciencia? Voy á decir por qué.

Cuando se estudian las declaraciones de la Iglesia, contenidas en el Syllabus,

sobre la libertad de conciencia, se encuentra que ha rechazado siempre la imputación de ser contraria á esta libertad de conciencia; lo que ha dicho es que ella es contraria al pensar mal; y que entonces, siendo ella la depositaria de la verdad, aconseja, en forma más ó menos imperativa, aunque haya realmente contradicción en estos términos, que se piense de tal modo si es un buen pensamiento, porque si no, no se piensa bien. Lo mismo, cuando habla de la libertad de la prensa, jamás hemos pensado, dice, que no haya libertad de la prensa; al contrario, la Iglesia es partidaria de la prensa, pero de la buena prensa. entiéndase, no de esos panfletos, no de esos escritos sucios que se introducen en los hogares, que están en las vidrieras de las casas de negocios, que perturban, que corrompen la juventud, que despiertan los sentimientos malos.

Contra eso, no hay discusión, todo el mundo—no se necesita ser de la iglesia ni de cualquiera de las comunidades—sin comunidad ó con ella, todos somos enemigos de esa mala prensa; es decir, que lo único que podemos es aconsejar, indicar la conveniencia de hacer tal cosa que nosotros consideramos buena. Pero la dificultad subsiste siempre. ¿Dónde se detiene este consejo? ¿Quién es el que marca, como decía Lord Byron, la línea indecisa entre la luz y la sombra? ¿Quién es el que marca la línea de separación de lo que es bueno y de lo que es malo? ¿Quién es el que dice que tal escrito es pernicioso y tal otro no lo es?

Y es esta dificultad la que hace, entonces, sentar este principio: hay prensa mala, pero lo más fácil es rechazarla, porque todo hombre educado, todo hombre actual, debido á la influencia ancestral de las distintas generaciones que cada uno de nosotros tenemos en nuestro organismo, ya sabe distinguir lo que es bueno y lo que es malo; y si acepta la parte mala, á él la cosecha, que para eso se siembran los vientos, como en la parábola evangélica, para que la semilla, cayendo en los distintos terrenos, llegue á fructificar ó á perderse.

Cuando pensaba sobre esto, cuando veía en esta obligación del voto el principio de un camino peligroso que hoy inicia obligando á votar y mañana ensayando cómo se ha de votar, todo esto

como una resultante de ciertas ideas dominantes en el Poder ejecutivo—hablo más por impresiones mías que por realidades—me encontré con una novedad que, si no confirmaba mis sospechas, me demostraba que no estaba tan descaaminado al encontrar cierto dejo de misticismo en el asunto que nos ocupa.

Recibí ayer la visita de un caballero español, abogado, que me dijo:

—Veo que están ustedes estudiando la ley española.

—¡La ley española!—le contesté.

Como soy pobre en achaques constitucionales, mi sorpresa fue grande ante esa afirmación, y le dije:

—No, estamos con la ley argentina.

—No, señor; es con la ley española. Esa ley tiene su origen en Maura, el jefe del partido conservador, que la estableció en tal forma que en España, desde ese día, hasta para morir es necesario votar; porque allí las imposiciones son tales para el individuo, que de 20, 30 ó 40 por ciento que votaban antes, hoy vota en España el 70 y el 80 por ciento.

—¡Magnífico resultado!—le dije yo.

—Le aseguro á usted—me contestó—que éramos mucho más felices cuando no estábamos obligados á votar. Ojalá pudiéramos derogar esa ley, por los perjuicios que trae la obligación de votar, porque han resultado más grandes los males con esa obligación que con la abstención á que se refería el señor ministro. En apariencia el resultado es magnífico, pero cuántos abusos, cuántos atropellos y cuántas venganzas se han realizado á la sombra de esta ley! Maura pudo sostenerse por mucho tiempo con ella y como las autoridades comunales son siempre partidarias del gobierno, ya puede usted figurarse el resultado.

Sr. Fonrouge—¿Podría indicar el señor diputado cuáles son los males, ó indicar, al menos, algunos de ellos? Porque no basta enunciarlos...

Sr. Agote—Ya los verá el señor diputado, porque sucede en estas cuestiones que nos limitamos á las partes de la tierra de acuerdo con el concepto político, olvidando que los hombres son todos iguales, que la masa que los constituye, la masa íntima, es igual, que pueden variar y presentar diferencias superficiales, pero que en el fondo son lo

mismo; y si me permite una comparación el señor diputado, le diré que son como las olas del mar, que continuamente se mueven y ofrecen diferentes aspectos, pero que en el fondo no son más que la misma agua salada, que se agita y se mueve cambiando de forma y de color.

Sr. Fonrouge—No me ha satisfecho la imagen del señor diputado. Es un floreo muy bonito, pero no contesta la observación.

Sr. Agote—No eludo la respuesta: me emplazo. Lo haré como se ha hecho en esta cámara, que se ha dicho «le voy á contestar», y luego no se ha contestado. Aseguro al señor diputado que le voy á exponer los defectos del voto obligatorio, y lo haré. Un poquito de paciencia, y quedará satisfecho.

Señor presidente: declaro que aplicar el voto obligatorio entre nosotros representa el desconocimiento inmediato de nuestro medio. Si bien, como decía al señor diputado, el fondo de nuestra naturaleza siempre es el mismo, las diferencias individuales en la vida colectiva tienen su influencia, y se caracterizan por manifestaciones y modalidades perfectamente accesibles. Aun en nuestro pequeño mundo argentino, no es difícil distinguir los caracteres del hombre del litoral y del hombre del centro, de la provincia de Córdoba, por ejemplo, de la docta universitaria y de la provincia de Tucumán, cuya agilidad de espíritu me ha hecho más de una vez compararlo á los florentinos de la América.

Y el desconocimiento de nuestras modalidades ha sido parte principal en que el voto obligatorio no se adapte á las exigencias y las necesidades del país.

Es muy fácil, señor presidente, aplicar el voto obligatorio á la capital federal, donde todo se encuentra á nuestro alcance, donde la reunión de los hombres, las relaciones entre ellos permiten la acción rápida, no sólo de la justicia, que sería el último argumento á tocarse, sino para levantar ese sentimiento colectivo que la lleva á un punto determinado en un momento especial, ese movimiento que se traduce generosamente en un acto filantrópico, ó en un acto de guerra ó de bestialidad. Eso es muy fácil donde los hom-

bres están reunidos, pero no sucede lo mismo en la campaña, y el señor diputado que me emplazaba á manifestar los inconvenientes del voto obligatorio, él que ha sido y es hombre político, y ha vivido en la provincia de Buenos Aires, y vive aún en ella, conoce todas las dificultades de orden geográfico que encierra; y en esa vida política agitada de la campaña nuestra, en la cual he tenido parte también, puedo decir que el voto obligatorio en vez de representar una ventaja, va á representar un verdadero inconveniente y dará lugar, en algunos casos, á la comisión de delitos.

El señor diputado Calvo decía el otro día lo difícil que era reunir á los hombres para votar. No es cierto. Lo que es difícil, permítaseme que se lo diga al señor diputado Calvo, es reunir los hombres contra su voluntad...

Sr. Calvo—Estamos de acuerdo.

Sr. Agote—Pero hay ciertos hombres que tienen prestigio y que mueven á las masas, y cuando esos hombres no están de acuerdo con las autoridades locales, es entonces cuando se les incomoda, cuando se les perjudica y se les persigue sin necesidad del voto obligatorio.

Con el voto obligatorio... ¡Dios me libre! no quisiera estar en el pellejo de esos pobres paisanos que saben leer y escribir un poco, que se encuentran dentro de los diez kilómetros del asiento de la autoridad, y que no han tenido tiempo de retirarse, siendo llamados por aquella para hacerlos votar! El día que no haya votado ese hombre, por ejemplo, porque tuvo un niño enfermo, no se le reconocerá la justificación del médico; se le impondrá la multa y el comisario le dirá, en ese lenguaje peculiar nuestro: Yo te voy á enseñar á que faltés otro día á la elección. (Risas.)

Sr. Fonrouge—No infiera ese agravio á la justicia federal, que va á ser la encargada del cumplimiento de la ley.

Sr. Calvo—Veinte mil juicios, por lo menos! ¡Poco trabajo le arriendo á esa justicia!

Sr. Fonrouge—Son los jueces federales y con apelación ante las cámaras!

Sr. Castex—¿Cuánto cuesta apelar?

Sr. Calvo—Ya veremos á esos jueces con sus treinta mil juicios, como andarán. (Risas.)

Sr. Agote—Pero hay algo más; las venganzas de los políticos, de los pequeños políticos, son terribles. Siempre se ha dicho que no hay peor amo que el que ha sido esclavo. Siempre se ha dicho que el subalterno con mando en nuestra campaña—y hablo de la campaña en general, tanto de la provincia de Buenos Aires como de la del resto de la República—es terrible; y no se me diga que la altivez de los hombres puede evitar los inconvenientes.

Recuerdo, señor, que una vez cruzaba la provincia de La Rioja, enviado por el gobierno, á socorrer unos cuantos desgraciados que habían sido heridos por uno de los saqueamientos tan comunes en nuestra zona volcánica. En medio de uno de los desiertos que crucé para llegar al sitio de la catástrofe, me encontré con un arriero, con quien la comitiva nuestra mantuvo un altercado violento, llegando á amenazarle con el látigo que tenía en su mano. Amenazado, pude observar una mirada de ira en los ojos de aquel hombre que sin embargo no levantó el brazo, y hubiera recibido resignado el golpe, ¿por qué? Porque todavía existía en sus células cerebrales el recuerdo del respeto y del temor que le había infundido en el alma el dominio de los españoles y que no había podido arrancar el sentimiento de la libertad.

Quizás si ese hombre hubiera sido soldado, antes de todo movimiento, mi compañero hubiera caído herido; pero como era un pobre indio, que todavía no había conocido los beneficios de la vida militar, iba á soportar en silencio un castigo tan injusto como aquel que se le hubo de inferir.

Ahora, ¿qué ventajas va á tener el voto secreto para ese hombre á quien se le manda votar? Votará por el nombre que se le dé; y si no sabe escribir, se le dará el nombre escrito; y si el presidente del comicio y encargado del cuarto oscuro, antes de entrar á los misterios de aquél, le da una boleta, tendrá buen cuidado de guardársela en el bolsillo y poner en su lugar otra igual, con los mismos caracteres y con el mismo aspecto, que le habrá sido entregada muy prudentemente antes que ponerse al alcance de las manos del comisario.

Decía, señor presidente, que existe esta desigualdad del voto, que repugna—la palabra me gusta, la he sacado del

discurso del señor ministro—repugna á la Constitución y al sentimiento de libertad de conciencia. La ley electoral debe ser igual en general. Amenazar con penalidades á hombres sencillos, incultos, tímidos, á más de las incomodidades propias á la emisión del voto, cuando no sabiendo leer ni escribir se salven de todos estos inconvenientes y amenazas, traerá este resultado posible, lo que es perfectamente humano y respecto de lo cual llamo la atención de los señores diputados; que no conviene saber leer y escribir, porque de esta manera se libra del temor del comisario.

Es un punto obscuro de la ley que debemos considerar, y no se crea que el andar con la policía y la justicia sea cosa muy cómoda. No lo es para ninguno de nosotros. Lo conozco por experiencia.

Por haber intervenido como médico en un accidente en la vía pública sufrí una serie de molestias, pérdida de tiempo é inconvenientes, que me quitaron el entusiasmo para repetir mi altruista intervención.

Decía que el voto obligatorio va á molestar á unos mientras deja tranquilos á otros, además de servir de medio de perfección para los malos, de esos malos á que se refería el señor ministro del interior cuando contaba la anécdota del diputado aquel que había ganado las elecciones ofreciendo puentes y caminos para favorecer la propiedad de las autoridades. Ya podrá figurarse el señor ministro con qué facilidad las hubiera ganado contando con este precioso recurso del voto obligatorio. En definitiva, no va á alcanzar la obligación sino á un número determinado de personas, y repetiré entonces lo que dije la vez pasada: es mejor que éstos no voten, porque no son capaces de hacerlo bien, á más de la odiosidad que encierra toda violencia. Todos esos individuos que no sienten el entusiasmo de la vida pública y que encuentran más cómodo vivir en su hogar rodeado del lujo, ¿á qué llevarlos á votar si no van á votar bien, si no van á poner esa esencia del voto que es la convicción? El remedio no se ha de conseguir por el voto obligatorio, sino con otra cosa que se ha olvidado en este debate y que creo que es la única capaz de curar estos males: me refiero á la educación popular.

Es cierto que la educación siembra

hoy para recoger mañana. La objeción es seria. Pero siembra como el derviche que plantaba un dátil para que recogieran el fruto sus nietos y que, sin embargo, consideraba llenada su misión en la vida por haber dejado algo para el porvenir. Me refiero á esa educación popular, cuyo ejemplo nos dió Sarmiento cuando recorría la República entera con su cartilla en la mano y exclamaba: No más tiranos el día que todos los hombres sepan leer y escribir; no habrá más que ciudadanos. Es la educación de que hablaba ese hombre de genio, á quien mi padre, emigrado en Chile, pudo ver en su miserable cuartujo, en plena pobreza franciscana, inclinado sobre su mesa trazando aquellas cartillas que iba á repartir al pueblo de Chile, y decía: Mientras no pueda ir á la República Argentina á derramar todos estos beneficios, lo voy á hacer en Chile, para pagar con los beneficios de la instrucción la amable y bondadosa acogida que ha tenido para los míos.

Esa es la fuente de donde ha de salir el pueblo tal como lo quiere el Poder ejecutivo y lo queremos nosotros todos; esa es la fuente de donde ha de salir el ciudadano. Esta es la obra buena, que está haciendo el doctor José María Ramos Mejía en el Consejo, moviendo el patriotismo de los niños, inculcándoles, al entrar en los umbrales de la vida, lo que es la patria, lo que conviene hacer, lo que conviene realizar!

Esa es la gran obra. El doctor José María Ramos Mejía está sembrando para el porvenir, para cuando los niños tengan 20 años, tomándolos ahora cuando tienen 5, 6, 7 y 10 años.

Es ahí donde debemos ir: educar á los niños. Al concepto de la patria agreguemos ahora el concepto de sus deberes cívicos. Si al niño se le inculca el catecismo de la libertad, es decir, sus deberes para el país, no se necesita llevarlos á la fuerza: ellos irán espontáneamente. Y aquí es bueno notar cómo el Poder ejecutivo desconoce ó se equivoca en el remedio que conviene, deshaciendo con una mano lo que hace con la otra; buscando, por un lado, un pensamiento, y por el otro, contrariándolo. Es como si se procurara encender una luz para ponerle encima, rápi-

damente, una pantalla y dejarnos en tinieblas.

Así, el Poder ejecutivo nos trae este proyecto, que está basado en los sentimientos del ciudadano, y ese mismo Poder ejecutivo manda su presupuesto suprimiendo las cátedras de moral cívica, por inútiles é innecesarias. ¿Puede darse incongruencia mayor, cuando si es nuestro mal un mal cívico, deberían inculcársele al ciudadano nociones cívicas desde que empieza á balbucear?

Esa es la manera, créame el señor ministro, de resolver estos problemas. Nuestros problemas no tienen más que una sola fuente, una sola razón: la falta de educación pública: mientras tengamos un sesenta ó un setenta por ciento, como se ha dicho en este debate, de analfabetos, lo que no es exacto, sea dicho de paso, es inútil que se hagan leyes, es inútil que el señor ministro busque todos los procedimientos, contrariando la conciencia de los ciudadanos, hasta verse obligado á convertir en deber lo que es un derecho cívico, poniéndoles penalidades, llegando hasta ese terreno, tan peligroso, porque se inicia con un solo punto y mañana quién sabe hasta dónde va á alcanzar. ¿Quién sabe si mañana no estaremos obligados á pensar de otra manera, tal como el Poder ejecutivo crea que debemos pensar!

Ese es el problema educacional. En cualquier parte donde haya un maestro de escuela, donde se levante una escuela, por pobre que sea, en ese sitio habrá una fuente de luz, que luchará con éxito contra todas las sombras del obscurantismo: contra ese obscurantismo, cuyo peor producto es la ignorancia, el desconocimiento de los deberes cívicos, el olvido de sí mismo, la necesidad de tener tutores, y sobre todo la ausencia de ese concepto de la dignidad ciudadana, con la que se forman y constituyen los pueblos progresistas de la tierra.

Es con esa obra, señor ministro, con la que vamos á conseguirlo, sin necesidad de estos votos obligatorios, que repugnan á la conciencia del ciudadano y que no dan más resultado que verdaderos inconvenientes, persecuciones, desagrados, además de ser odiosos, porque no son iguales para toda la República!

He dicho. (*Muy bien! ¡Muy bien! (Aplausos.)*)

Sr. Presidente — Tiene la palabra el señor diputado por Tucumán.

Sr. López Mañán — Como tengo el propósito de proponer más adelante á la honorable cámara la supresión de las exenciones que en el proyecto del Poder ejecutivo, aceptado por la comisión, se establecen para los analfabetos y para los votantes que residen á mayor distancia de diez kilómetros del comicio, me veo en la necesidad de molestar la atención de la honorable cámara, para exponer, á propósito de este artículo 6.º que sienta la regla de la obligación del voto, las razones que fundan mi adhesión radical al sistema.

Para hacerlo, señor presidente, con la esperanza de que mis honorables colegas hayan de encontrar alguna razón en esta opinión mía, me ha de permitir la cámara hacer previamente una breve síntesis, diré así, de los principios directores de la formación del derecho, porque nos hallamos en presencia de un acto de formación del derecho por el Poder legislativo, cosa que no me será inútil siquiera sea para ordenar mis ideas, y además, ya que al mismo tiempo me ha de permitir mirar desde un mismo punto de vista los argumentos que se han aducido en el debate y que fundados en distintos conceptos de la causa madre del derecho, orientados así hacia distintos objetivos, faltos, en su conjunto, de disciplinas que los uniformen, me dan una impresión que pudiera compararse á la de una guerra irregular con batallas desordenadas, y es por eso que siento la necesidad de disciplinar yo mismo mis razones, y no sólo de disciplinarlas, sino de buscar para ellas, en el fondo mismo donde puede estar la raíz honda del derecho, la savia que vivifique mi conciencia de legislador y de hombre de estudio en esta materia: porque, de lo contrario, yo molestaria inútilmente á la honorable cámara, exponiendo razones, ideas, previsiones, que carecerían de todo arrimo, de la espina dorsal que les dé una estructura sólida, y es evidente que pudieran calificarse de huérfanas, bajo la sola autoridad de mi modestísima palabra. (*¡Muy bien!*)

Porque de lo que se trata al presente, es de resolver un problema que afecta las bases mismas de la sociedad, en lo que pudiéramos llamar su economía en

la producción, de las reglas necesarias para su subsistencia, terreno donde sólo caben opiniones sistematizadas, á que vigore el concepto, teoría, resumen, síntesis ó substractum del mecanismo, por el que el derecho háse producido históricamente en la sociedad. Porque á mi modo de ver, sin un criterio así, hondamente establecido, es tarea inabordable la de decidir con toda seguridad—hablo siempre de mi punto personalísimo de vista—si el voto debe ó no transformarse en obligatorio, es decir, si entra dentro de la corriente de la justicia social compeler al elector á que concurre al comicio; si dentro de las normas comunes de nuestra época, puede estar en nuestras manos atacar la abstención, la despreocupación, el abandono por el elector de su derecho de votar, mediante el sistema de sanciones jurídicas que podemos adoptar, y si el ejercicio de esas sanciones ofrece posibilidades de suceso, es decir, de que nosotros podamos alcanzar á la raíz donde se halla la causa del mal.

Sería realmente feliz si, para justificar el que ocupe la atención de la cámara, pudiera expresar, exponer, sacar afuera la convicción que tengo de que, de acuerdo con la máxima inglesa de que allí donde está el mal está el remedio, en el punto donde irán á percudir las sanciones jurídicas que se adopten, allí radica la causa del derecho y también la causa del mal que nos aqueja en materia electoral y en punto al ejercicio del poder de votar.

No creo que cometo un abuso al tratar de hacer un rapidísimo examen de lo que puede considerarse la formación del derecho.—para dejar descubierta, viva, diré así, la pulpa humana que lo produce, condicionando su perfección progresiva,—porque, si realmente eso consiguiese, estoy seguro que los argumentos de carácter práctico, circunstancial, de oportunidad, que he de ofrecer más tarde, resultarán satisfactoriamente comprobados por la conciencia que me he formado al respecto.

El derecho se presenta como un producto espontáneo de las sociedades; y si se indaga, sea teóricamente, sea históricamente, cuál es su causa, cuál es la raíz más profundamente hundida en la naturaleza humana, y cómo, por medio de qué proceso, ha venido elaborán-

dose desde su imperfección originaria, se encuentra, como un fondo roqueño, el sentimiento del egoísmo, que es la síntesis de los instintos de conservación, desde el momento en que se le supone actuando en la sociedad de los hombres.

No aventuraré una reconstrucción teórica de lo que habrá sido la vida prehistórica, más que todo, cuando históricamente tenemos los documentos de las sociedades viejas, y contemporáneamente, delante de los ojos, los documentos de las sociedades semicivilizadas ó salvajes,—de las tribus, de los grupos dispersos—que nos permiten algo así como la teoría reconstructiva de Darwin con las especies vivientes, llegar á definir cuáles han sido la estructura y las funciones de las sociedades avanzadas á que nosotros pertenecemos.

¿Y qué vemos, qué nos muestran esos documentos, como la descripción de tales pueblos, sino lo que yo diría que es el estado, la fuerza del estado, radicada en el reyezuelo, en el jefe guerrero ó en el anciano, proveyendo al orden primario dentro del grupo, poniendo al lado de las tentaciones antisociales del egoísmo, el castigo, la pena, la sanción, que obligan al individuo á abstenerse de la acción contraria á la convivencia?

Es por esto, señor presidente, que uno de los más preclaros pensadores contemporáneos, Loria, ha dicho que el sentimiento social, que la solidaridad social, que el altruismo, que los resume, no es sino un egoísmo pervertido: pervertido por la sociedad en su interés específico; pervertido por la sociedad mientras ha venido elaborando el derecho y la moral; pervertido mediante el ejercicio de la sanción, de los castigos, de la fuerza compulsoria, que obliga al individuo á proceder contra los dictados más claros de su instinto ó de su egoísmo, mandándoles por egoísmo también abstenerse de la acción antisocial que ellos convierten en dañosa, á pesar del consejo de ejecutarla que le da su propia naturaleza.

Quiero suprimir, señor presidente, toda otra vista de carácter meramente teórico, para concluir asegurando que, en mi concepto, la sociedad ha formado el derecho, todo el derecho existente—y esto puede probarse sobre cualquier ins-

titución—ha formado el derecho por medio de una acción refleja, natural, espontánea, que pervierte los sentimientos egoístas del individuo mediante procesos complicadísimos—á veces inmediatos á veces mediatos—que crean en la psicología del ser humano los motivos necesarios para que éste se vea en la obligación ó en la necesidad de realizar los actos de cualquier modo considerados útiles para la conservación de la sociedad ó de la especie; y es mediante la sanción, mediante la fuerza compulsoria del estado, caracterizadas en la ley y en la autoridad, que esta transformación ha venido realizándose, pudiéramos decirlo, en carne viva, creando, modificando y transformando el derecho.

Esto quiere decir, pues, que nuestra tarea no es la que se pretende, como si fuésemos tratadistas, ó menos libres que ellos, señeros jueces,—porque nuestra función es la de editores del derecho; es decir, somos llamados á poner punto á los preceptos, la fuerza que compele á su ejecución, si encontramos que el precepto responde á una necesidad sentida de la sociedad, á un propósito alto de gobierno que persigamos, aunque no haya de ser siempre así, asegurado por la fuerza, bastando que oportuna ó transitoriamente redunde en beneficio de la colectividad.

Y de este punto de vista, me parece que la transformación de la acción de votar en una obligación, mediante el apareamiento de la pena ó de la sanción, es una necesidad en este momento de la evolución social argentina, ó en otros términos, que el voto obligatorio responde á una exigencia social presente, tal vez transitoria.

Si analizamos, para probarlo, cuál es el resultado que han dejado los debates, se ve que cada uno de nosotros está animado del propósito de desbaratar los recursos mediante los cuales se ha substraído á la población electoral su derecho ó su facultad de constituir las autoridades y cada uno lo hace con ojo tan avizor, que puede decirse, que está espionando el instrumento de la maniobra para proponer los recursos más eficaces, á fin de romperlo en la mano del que lo esgrime.

Pero esto no puede ser obra de la ley sola; es necesario que los hechos ven-

gan á consumarla, á consolidarla—y los hechos en este caso son los votantes. Si el artificio contrario á la pureza electoral, si el disfraz que la desfigura han sido concebidos ó ejecutados para un electorado reducidísimo, es seguro que agrandándose el modelo casi por acto de presencia, la propia expansión de él concluirá por desbaratarlos como las rocas mismas son desmenuzadas por el agua cuando se congela.

Y así, si es fácil reducir, si es fácil intimidar, si es fácil la compra de un grupo de quinientos ó de mil electores, y si tenemos nosotros en la mano el recurso del voto obligatorio para hacer que estos electores sean cinco mil en vez de quinientos y diez mil en vez de mil,—debemos emplearlo sin vacilación, porque así como una ley que se aplica en la construcción de obras sanitarias, dice que los detritus de las ciudades se tornan completamente inofensivos, mezclándolos en doscientas ó más veces de su volumen de agua, á punto de que todos los residuos de Buenos Aires son incapaces de infectar las aguas del Plata, así también si aun ha de haber fraude, violencia, intimidación, cohechos electorales podemos estar seguros de que resultarán perfectamente inofensivos, si nosotros los diluimos en una considerable masa de votantes, mediante el sufragio obligatorio.

No deseo detenerme, abusando de la atención de la cámara, á señalar cómo en ésta, como en otras materias, nuestro gravísimo mal es la despoblación que señaló Alberdi; cómo el resabio del caudillo tiene su antídoto en el aumento de la población electoral del país; cómo también el peligro de la plutocracia que provoca la venalidad—odiosa fundamentalmente cuando es individual porque representa una verdadera imposición,—se corrige haciendo por el aumento del elemento electoral demasiado malo el negocio; y cómo, por fin, si es temible el comisario no cuando arrea, sino cuando impide el acceso del elector al comicio, porque puede intimidar á diez, veinte ó cincuenta electores, no lo es para molestar, siquiera á grupos de cien, doscientos ó trescientos hombres. Pero si me he de permitir detenerme brevemente sobre la esperanza, tal vez ilusa, de que la sanción del vo-

to obligatorio ha de causar, dentro de la mentalidad de los individuos, una transformación benéfica del punto de vista moral.

Por poco que se piense se ve que nosotros somos un pueblo educado en el deber y no un pueblo educado en el derecho; somos fuertes cuando demandamos la libertad de cumplir nuestras obligaciones, y no tenemos el mismo vigor cuando demandamos la libertad para ejercer nuestros derechos. ¿Por qué? Porque la sanción inherente á las obligaciones me parece que hace como la función de la ballena disimulada, que mantiene terso el trapo de suyo inconsistente, haciendo que el individuo, sienta más profunda y más completa la necesidad del acto prescripto como obligatorio, porque opera sobre su conciencia la convicción de que la inejecución de ese acto puede privarle de algo que ya está en su patrimonio, aun cuando más no sea que como una comodidad; mientras que el ejercicio del derecho implica la expectativa de añadir algo á lo que ya tenemos, y en la vida siempre se está dispuesto á desinteresarse de los acrecentamientos eventuales, (que en el caso del sufragio, ó no se perciben ó son muy remotos) y á defender con tenacidad lo que ya se tiene, por insignificante que sea.

¿Qué de extraño entonces que tal vez, por esta acción refleja del sufragio obligatorio, el mismo elector que hoy se deja convencer con facilidad, que hoy abandona indiferente su voto, no adquiera mañana una conciencia más segura, más sólida de lo que realmente dispone, porque se le hace presente con la posibilidad de una sanción, aunque más no sea que las molestias consiguientes á su no uso? Porque—y yo lo me atrevo á entrar en este terreno—es evidente, la historia lo comprueba, la psicología lo demuestra, que las ideas abstractas en los hombres incultos, análogamente á lo que pasa en los niños y en los salvajes, no se adquieren fuertemente, sino cuando tienen la sugestión de algo material.

Hay ejemplos numerosos que abonan la teoría de que es bueno que sean materializadas las bases del derecho, materializadas históricamente, según recordaba el señor ministro, haciéndolas el objeto de una conquista, ó material-

zadas con los recursos de la ley, para que se perfilen y para que se endurezcan.

Pero, señor presidente, por encima de todas estas consideraciones me parece que hay otra, talvez, más eficaz ó, por lo menos de un carácter evidentemente oportuno, y es que dentro del momento político argentino, hay una gran fuerza que desaparece, y que hace necesario provocar, despertar, otra gran fuerza que la reemplace. La fuerza del gobierno, que por resolución del mandatario en cuyas manos está depositada, no actuará más en la vida electoral. Antes se podía descansar en la confianza de que llegada la hora de proveer, los ejecutores de la ley y de la Constitución, las autoridades, el gobierno harían siempre y en todos los casos su tarea. Hoy es evidente que esa fuerza va á faltar; que esa fuerza no actuará y que no solamente no actuará sino que ha declinado ante el país la responsabilidad de la elección de los candidatos que, mal que mal, antes comportaba una garantía de acierto ó, por lo menos, de una considerable discreción en el conjunto.

¿Qué vamos á hacer nosotros en presencia de este hecho? ¿A despoblar el comicio para que se apodere de él el primer aventurero que pase, viéndolo desierto?

Hay males que es fácil prevenir pero que es difícil remediar; y me parece que este es el caso, porque sería peor mañana cerrar las puertas del Congreso, para que no entren los que, sin el inexcusable control de la contienda, hayan pasado por la portada, cuyos goznes enmohecidos nos empeñamos en lubrificar para que cedan á la menor sollicitación.

Creo, señor presidente, que al sancionar nosotros el voto obligatorio procedemos como todas las sociedades cuando un interés fundamental viene á despertar, á provocar, á irritar sus órganos de reacción, formando la conciencia de la necesidad que ha de ser asegurada por ley. Y yo creo que ante este sentimiento, no cabría; no cabe tal vez, detenerse en los argumentos de carácter constitucional. ¿Por qué? Porque nuestra propia peculiaridad psicológica formada sobre el modelo de la Constitución nacional, desde la escuela hasta la

universidad, nos crea una antepreueba intuitiva, diciéndonos al primer choque de una idea nueva, si ella repugna ó no á nuestras ideas políticas; hecho por lo demás, nada extraño, desde que la mentalidad política de un argentino no es, no puede ser, la de un chino teocrático, ni la de un ruso educado en el despotismo.

Pero aun cuando esa prueba preliminar, de impresión, no fuera suficiente para despertarnos la confianza de que el voto obligatorio no choca con nuestras ideas políticas, sobran, me parece, argumentos propiamente técnicos, de nuestra Constitución; sobran precedentes legislativos del extranjero y de nuestro país, que fundamentan, á mi modo de ver, de manera acabada, la procedencia del voto obligatorio.

Constitucionalmente me parece que no es fundada la observación hecha á base de la asimilación de nuestra forma representativa al contrato de mandato del derecho civil, de la que desprende que el soberano en el momento mismo de votar debe hacerlo con una libertad incondicionada é incondicionable.

En mi modesta opinión, la Constitución nos da ejemplo de lo contrario, desde que ella regla la forma, el modo y el tiempo en que se eligen los representantes.

Hay más, la Constitución ha roto las dos principales características del mandato civil: el derecho del mandante de gestionar directamente el negocio y el derecho del mandante á revocar directamente el mandato. Y las ha roto en una forma que más bien prueba la conveniencia y la lógica del voto obligatorio, porque ha dicho que «el pueblo no delibera, ni gobierna, sino por medio de sus representantes», imponiendo así al mandante, aunque soberano, el mandato obligatorio, la necesidad de constituir mandatarios, con formas tan preceptivas que erige en crimen su infracción.

Antes, pues, de seguirse que el voto obligatorio sea repugnante á la Constitución, los términos de ésta autorizan más bien á considerarlo como la emanación espontánea de nuestra forma de gobierno representativo; y quien se sienta aludido por ella como depositario de alguna parte de la soberanía y no

vote, se alza, en cierto modo, contra la Constitución: defrauda una expectativa que ella funda con cláusulas imperativas que llevan sanción. Puede, pues, concluirse que el voto obligatorio surge de nuestra forma representativa de gobierno y de la prescripción constitucional sobre la forma como el pueblo no puede gobernarse.

Tampoco me parece fundada constitucionalmente la observación, tan ingenua como digna de la inteligencia clarísima de su autor, basada en la situación en que vendrá á quedar el ciudadano naturalizado, á quien la Constitución exonera por diez años de la obligación del servicio militar,—y de lo que se ha hecho desprender, sorprendiendo á todos, á primera vista, la consecuencia de que, si nosotros prescribimos la obligación de votar, no consultaríamos para con los naturalizados el espíritu de nuestra Constitución.

Pero de que una obligación sea á plazo no se deduce que la obligación no exista, ni tampoco que las obligaciones análogas no puedan ser sin plazo,—lo que sería más conforme, por otra parte, con la regla de que los privilegios deben interpretarse restrictivamente, desde que la excepción de los diez años no es más que un privilegio. Pero, principalmente, como juzgábamos con un colega hace un momento, el objeto propio de la ciudadanía es el ejercicio del sufragio, y no puede concebirse que el que haya pedido la carta de ciudadanía ó la pida, lo haga para no hacer uso de ella. En este caso la intención probable del ciudadano voluntario, es la que nos autoriza á exigirle que vote y parecería más lógico para con él, revocarle la ciudadanía si no vota, que abstenerse de hacer obligatorio el sufragio.

Por el contrario, creo, señor presidente, que si alguna consecuencia puede sacarse de la posible presencia de extranjeros naturalizados con derecho de voto en nuestro electorado, y muy fundada es la urgencia de sancionar el voto obligatorio, porque tal vez en pocas ocasiones como en ésta, ante la posibilidad de un incremento considerable de la población electoral nacionalizada, pudiera ampliarse la vieja máxima de que el ciudadano que no vota, recoger á este propósito un feliz argumento de mi colega, el doctor Agote,

tiranizarlo, diciendo, que el argentino nativo que no vote daría,—¡no quiera el cielo!—al extranjero nacionalizado que vote el derecho también de esclavizarlo.

Pero, si todavía quedara por ahí alguna cláusula de la Constitución contra cuya rigidez se estrellara mi raciocinio al entender de alguno, no podría nunca con más oportunidad, como en ésta, en que estamos deliberando sobre uno de los problemas que vitalmente afectan la sociedad argentina, invocar ante la cámara las palabras de un gran maestro del derecho constitucional, Burke, quien sosteniendo la legitimidad de la sucesión de Guillermo y María al trono de Inglaterra, dentro de la regla de la «inheritance», que forma la base angular de ese prodigio que se llama derecho inglés,—contra la interpretación de la filosofía revolucionaria del continente, que acababa de pasear con escarnio al rey de Francia, y de la cual miserablemente sostenía, con un criterio rígido, que los ingleses se habían apartado de su ilustre revolución de 1688,—formula no una interpretación elástica de la Constitución, donde quepan las cosas más contradictorias, sino este sabio principio de vida, real en todas partes, en el mundo animal, como en el vegetal,—que los pueblos no deben encontrar en sus constituciones obstáculos para su vida, sino admirables modelos de que puedan derivar, de acuerdo con el genio de sus instituciones, las formas á que deban amoldarse sus nuevas y sentidas necesidades, porque, según lo decía él con elocuencia,—que no reflejaría al repetir el texto inglés,—«un pueblo sin los medios de realizar algún cambio, es un pueblo sin los medios de conservarse.»

Aun más, señor presidente, y es que en un terreno de más inmediata aplicación, no sería el nuestro el primer parlamento que diera el ejemplo de transformar una regla meramente útil, algo que pueda considerarse un atributo individual, una conveniencia, un simple acto de moralidad, en fenómeno jurídico, compulsivo...

Advierto que por causa de mi sistema nervioso se me han escapado algunas objeciones, pero siento la necesidad de recoger á este propósito un feliz argumento de mi colega, el doctor Agote,

cundo recordaba las leyes Julia y Papia Pœpea, sosteniendo que su historia nos enseña lo inútil de las sanciones jurídicas para procurar la ejecución de actos que escapan a la acción del legislador.

Fácil es incurrir en un error. Cuando ciertos fenómenos se asemejan a otros, en el sentido de que aparecen potestativos; no debemos dejar de mirar siempre debajo de esa engañosa analogía, si no llevan un resorte que los diferencia, ó en otros términos, si no llegan a producirse ó a faltar por causas que diversifiquen fundamentalmente su condición.

Y digo así, porque actos en apariencia igualmente neutros, como los de caridad, por ejemplo, el hacer el bien ó el ser grato a los demás, que parecen tan potestativos del individuo, como el matrimonio que citó el señor diputado, el trabajo, el cuidado individual de la salud, no son, sin embargo, de una condición idéntica.

La sociedad parece, en efecto, que se comporta del mismo modo en uno y otro caso; pero lo que sucede en el fondo es que la sociedad descansa en la seguridad de que los últimos están vigorosamente asegurados por estímulos naturales; y que sólo respecto a los de la otra extensa clase, cuando su necesidad se hace sentir de un modo natural provoca la acción compleja del legislador, no creando, sino formulando el derecho para armarlos de la sanción necesaria para asegurar su producción. (*¡Muy bien!*)

Es así como, por procesos similares, la autoridad encargada de formular el derecho—del *condere jure*—ha ido proveyendo a la sociedad, por sollicitación natural de ésta, ese minimum de normalidad y de moralidad necesario al orden que representa el derecho, según se lo ha entendido en un momento dado y en un territorio determinado, en la medida que la necesidad se ha dejado sentir, para decirlo mejor, creando el derecho positivo adecuado, cuando no estaba formado, reformándolo, derogándolo, restableciéndolo de nuevo cuando ha caído en desuso para satisfacer en cada momento ese minimum de normalidad, condición *sine qua non* de su existencia.

No hay en la historia, á lo menos en

la que conozco, una institución que dé un ejemplo más admirable, más vivido, y por eso mismo más elocuente en la cuestión que debatimos á propósito del voto, que la institución de la legítima del heredero forzoso. Es inherente al derecho de propiedad de los padres, indudablemente, disponer de lo que es suyo para después de su vida, y es propio de la naturaleza humana, de la moral corriente, de los sentimientos que nacen del corazón, que el padre instituya heredero á sus hijos, y esto pasa cuando se trata de una sociedad en la que la familia está fuertemente organizada. Pero los grandes ciclos de la evolución económica traen de tiempo en tiempo el acrecentamiento de la riqueza, y también los grandes ciclos políticos traen á sus extremos el acrecentamiento del poder, sea temporal ó espiritual. Con la riqueza y los poderes viene el lujo, la disipación de las costumbres, el relajamiento de los vínculos del hogar, la prepotencia de ciertas preocupaciones, los fanatismos.

En esas sociedades dominadas por la pasión ó por el vicio, la libertad de testar entonces se ejerce con una frecuencia, que se vuelve dañosa para la sociedad, en contra de los intereses de la familia y en favor de extraños á ella: de cortesanas, de hijos espúreos, ó de esa turba inmensa de beneficiarios de las voluntades bastardeadas por la licencia ó el fanatismo. Aparece entonces el legislador,—quien quiera que sea el autor de la ley: pretor, monarca ó parlamento, erigiendo en deber la antigua acción meramente sana de hacer heredar á los hijos, imponiendo la legítima del heredero forzoso contra la libertad absoluta del autor de la sucesión; y vemos á la legítima aparecer y caer en desuso y reaparecer de nuevo, desde Roma hasta nuestros días, según corran en la historia buenos ó malos tiempos para la estabilidad económica de la familia.

¿No es esto un gran ejemplo?

Pero, siempre en este terreno de la generación del derecho, vengamos á la edad contemporánea, á la libre Inglaterra, que ante el problema agrario de Irlanda sancionó no hace muchos años un *bill* estableciendo el arrendamiento obligatorio: arrendamiento que en caso de desacuerdo entre el terrateniente y el

presunto colono, se arbitra, en cuanto al término y en cuanto al canon, por comisarios oficiales.

Y sin ir tan lejos, tenemos aquí cerca, á Bolivia, toda tierra quebrada y boscosa para que sea todavía más grande su colosal necesidad de medios de comunicación, ante la falta de vías fluviales ó férreas; Bolivia, en la que los caminos son por eso de más necesidad que las casas, dictó una ley, bajo la presión de esa necesidad por la que crea, lo que me parece que allí se llama la prestación vial, en virtud de la que todo hombre está obligado á dar algunos días de su trabajo en el año para la construcción y conservación de los caminos.

¿No son éstos, ejemplos dignos de tenerse en cuenta?

Y sin necesidad de salir de nuestro país, ¿no tenemos el ejemplo frecuente, continuo, de que á medida que las necesidades se han ido sintiendo, ciertas acciones indiferentes, protestativas, han sido transformadas por este congreso en actos obligatorios?

Primero fué la enseñanza—no fué ni siquiera la enseñanza: fué el aprendizaje, el que se hizo obligatorio—mientras que la Constitución claramente dice que enseñar y aprender son derechos. Más tarde, fué el voluntariado, el antiguo enganche, el que fué convertido en servicio militar obligatorio, cuando la sociedad percibió, tuvo conciencia de su necesidad; no obstante que la Constitución, de acuerdo con los criterios del tiempo en que fué dictada, sólo hace obligatorio el servicio militar para la defensa de la patria y de las instituciones, ó sea en la revolución ó en la guerra. Después tenemos el caso todavía más curioso del uso del agua potable, declarado obligatorio; el caso de la vacunación; y en otro terreno que me señala mi colega doctor Mugica, la defensa contra algunas plagas de la agricultura, declarada obligatoria por la ley.

Y yo pregunto á la honorable cámara: si la ley, en el terreno de la conservación de la salud, ha hecho obligatorias determinadas medidas, no obstante que están en la mano del individuo aniquilar esa salud, matándose; y si, en el otro terreno de los bienes patrimoniales, ha hecho obligatoria la de-

fensa contra ciertos daños de la propiedad, no obstante que está en la libertad de su dueño destruir esa propiedad, ¿nosotros vamos á detenernos y á no sancionar el voto obligatorio porque mil, dos mil, cinco mil electores, entre ochocientos cincuenta mil, tengan la peregrina ocurrencia de poner en el sobre que se les dé para garantir su libertad y su conciencia débil, una boleta sin nombre?

Diré en síntesis, señor presidente, para los que aún duden que ahí quedan los jalones del nuevo derecho argentino, en forma que nadie puede discutirlo como imitación, porque ha sido dictado por la necesidad de nuestra tierra; ahí quedan, señalando el camino, los jalones que se llaman enseñanza obligatoria, servicio militar obligatorio, salubridad obligatoria, defensa agrícola obligatoria: si nosotros queremos poner un jalón más, dejando un rastro honroso de nuestro paso, sancionemos el voto obligatorio!

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas.*)

Sr. Rodríguez Jurado—Pido la palabra.

He acompañado al Poder ejecutivo en su iniciativa de la lista incompleta, como voy á hacerlo respecto de todas aquellas mejoras que importan una garantía para la libertad del sufragio y al mismo tiempo para evitar el fraude; pero lamento no hacerlo en esta parte referente al voto obligatorio, y me voy á permitir dar brevemente las razones que me inducen á asumir esta actitud.

Creo, señor presidente, que el voto es un derecho inherente al ciudadano, un derecho natural inalienable, propio de los países regidos por instituciones democráticas: nace y se desenvuelve dentro de los principios de la soberanía; se forma y adquiere mayor desarrollo y más amplio juego en la forma republicana de gobierno: es, puede decirse, la célula, el protoplasma de las instituciones y de toda la vida del gobierno; pero de aquí no se desprende que sea una necesidad el voto obligatorio, aunque sostenga que correspondiendo al Congreso determinar la ley por la cual el ciudadano debe estar habilitado para el ejercicio de esa facultad, puede él perfectamente establecerlo como facultad, como función pública, ó puede insti-

tuirlo como una obligación del ciudadano.

Se ha dicho, y recalco el punto, que es permitido dentro de la Constitución hacerlo facultativo ó hacerlo obligatorio por intermedio de la ley. Lo único que hay que estudiar es si conviene que sea obligatorio.

Ha sido muy hábil mi distinguido colega, el señor diputado por Tucumán, al demostrar su teoría de que puede determinarse y regirse el voto obligatorio por simple ley. ¡Pero si nadie discute que el Congreso tiene facultad para establecer el voto obligatorio! Hay varios derechos que están reglamentados y que se han establecido con carácter de obligatorio, que son inherentes á la naturaleza humana, como los que cita el señor diputado por Tucumán, el derecho de aprender, el de salud pública, el de defensa agrícola. Pero eso se ha instituido como obligatorio en virtud de la apatía del pueblo, en virtud de la negativa de los ciudadanos para practicar esos derechos. Entonces la ley les ha dicho estrictamente: es necesario que sea obligatorio, porque conviene á los intereses generales.

Luego, el punto principal á discutir es si la República Argentina, por su estado de adelanto, por su instrucción, merece que se le ponga en el índice de las naciones que no han sabido cumplir con su deber, de esas naciones que no tienen espíritu cívico y que necesitan el látigo y la compulsión para que acudan á votar.

Creo que la República Argentina no ha llegado á ese estado. Vuelvo á insistir, para mi tesis, diciendo sencillamente, porque quiero ser muy breve, que no discuto la facultad del Congreso para hacer obligatorio el voto; pero es necesario, que él, penetrándose de las necesidades, legislando para el país, se dé cuenta y vea si es oportuno ó necesario que ese voto se haga obligatorio.

Se ha dicho, señor presidente, que la enfermedad de este país, la verdadera corrupción cívica, está en la abstención, como si fuéramos un pueblo que descuidáramos por completo nuestros derechos cívicos y abandonáramos la elección de las autoridades, que es la base, como he dicho, del sistema republicano, al primer ocupante.

No es exacto, señor. Es necesario

echar una ojeada retrospectiva si quiera sea rápidamente sobre nuestro medio electoral, sobre nuestras costumbres, para sacar la consecuencia evidente, la razón de por qué el pueblo no vota, se abstiene, y si hay partidos que protestan, no es porque no haya ciudadanos que voten, sino porque no ha sido posible, dado el convencimiento de la imposibilidad del triunfo contra las autoridades y la máquina oficial que hacen presión para conservar el gobierno, que es quien da los puestos públicos.

El pueblo vota, sí, señor, como ha dicho el señor presidente de la República, y lo ha probado en muchos casos en que ha tenido libertad electoral. Para que se demuestre que no vota porque no quiere, es necesario darle las garantías indispensables, y cuando esas garantías no sean aceptadas ó recogidas, entonces se podrá decir que hay un pueblo indiferente, que no comprende sus deberes cívicos, y que es imperioso compelerlo á su cumplimiento.

Pero, cuando refiriéndome á esa mirada retrospectiva que debe tenerse presente, examinemos el proceso de la ley electoral, que después de la Constitución es la ley más fundamental que tiene el país, porque es la vida, el espíritu, la esencia, la vitalidad y la normalidad del gobierno, veremos la forma en que ha ido evolucionando esta ley electoral, desde el tiempo en que se componía la mesa receptora por el primer ocupante y acudía el pueblo á emitir su voto. Era una verdadera lucha, porque resultaba que á lo sumo podían votar cuatrocientos ciudadanos, quedando el resto de los inscriptos en la imposibilidad de hacerlo. Más adelante se forman mesas para cada doscientos ciudadanos, pero todas reunidas en un solo local. La elección se hacía por turno de partidos, y sólo votaban cuatrocientos ó quinientos ciudadanos, quedando más de dos ó tres mil sin votar, lo que convenía al oficialismo para mantener la situación, á fin de conservar el poder y los puestos electivos. Esto es de época reciente y ha costado lágrimas. El pueblo protestaba por la forma de votar y por el fraude; pero vino una reacción al establecerse la diseminación de las mesas á razón de una por cada doscientos ciudadanos, medida que permitió al pueblo acudir con faci-

lidad á los comicios; pero no se contó con que el poder y manejo de la máquina estaba en poder de los gobernadores de provincia, que no obstante tratarse de una ley nacional, la aplicaban por medio de sus autoridades y sobre todo de sus policías.

Entonces, señor presidente, en presencia de esta situación anormal, tenemos la actitud del partido radical levantando su bandera contra el sistema del fraude y de la usurpación del voto, que lo hacían abstenerse de votar, no porque no tuviera el valor ciudadano ni los deberes que comporta, sino porque no tenía garantías.

Ahora se nos propone como remedio algo que significa como un castigo, obligando al pueblo á votar cuando no ha aspirado á otra cosa, sino que no ha tenido las condiciones de libertad necesarias para ejercitar este sagrado derecho.

Creo que como argentino, por honor de esta Nación tan próspera, tan rica, y cuyo progreso material é intelectual está causando asombro, no podemos sancionar el voto obligatorio, porque importaría reconocer que no tenemos espíritu cívico, que no tenemos patriotismo, y que, por consiguiente, se ha visto en la necesidad el Congreso de infligirle este agravio, de compelerlo, lo mismo que si se le obligara á matar la langosta! Esto no es posible, señor presidente!

Quería salvar mi actitud y dejar establecidos los fundamentos que tengo para no acompañar al Poder ejecutivo en este punto. Comprendo sus propósitos llenos de sinceridad y de promesas para el país; comprendo su eficacia; pero me bastan, señor presidente, las demás reformas que están contenidas en la ley y las promesas hechas por el señor presidente y ratificadas por el señor ministro del interior, de que hay el propósito sincero de dejar votar. Dejemos, pues, que el pueblo las recoja, como las ha recogido la provincia de Santa Fe, en un despertar glorioso, que coloca como un anacondismo esta actitud de la cámara al estar discutiendo el voto obligatorio para los ciudadanos argentinos! (*¡Muy bien!*)

No quiero entrar en otro orden de consideraciones, como serían aquellas relativas á los inconvenientes que ese

voto obligatorio podría tener en las manos de las catorce máquinas de provincia, que todavía están montadas con propósito de conservarse, propósitos que no puedo condenar, porque es un derecho legítimo el de conservación; pero si los condeno, en cuanto esos propósitos de conservación existan, por el fraude, la presión, contra la mayoría de la opinión.

En este sentido, y sintiendo mucho disenter en este caso, quiero dejar constancia con estas palabras, de las consideraciones que me animan para pedir que se compute mi voto como contrario al voto obligatorio.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Costa—Pido la palabra.

Tendría necesidad, señor presidente, de hacer una observación que me ha ocurrido en las incidencias del debate, y como no sé si podré hacerla en la discusión en particular, habiendo usado, me parece, dos veces de la palabra...

Sr. Presidente—Puede hacer su observación el señor diputado.

Sr. Costa—La haré brevemente, sin pretender hacer un discurso sobre este asunto, por más que el éxito de un discurso haya sido para mí como una hoja de laurel; pero más que eso deseo tener razón en una causa que sostengo con convicción profunda.

Creo que la confusión en que nos encontramos, en que me encontraba yo mismo al principio de este debate, procede de una falta de definición del objetivo.

Al principio yo decía que me parecía no coincidir el voto obligatorio con el sistema de la lista incompleta. Dentro de otro sistema, como el sistema de la circunscripción, tal vez, me hubiera podido inclinar yo también en el sentido del voto obligatorio, por los grandes intereses de orden cívico que pudieran satisfacerse con él, tal vez, según los puntos de vista en que se le contemple. Pero, continuando la discusión, he llegado á aperebirme de ciertos matices de este asunto y á formar definitivamente la convicción que al principio de esta discusión no tenía en contra esta proposición del voto obligatorio; porque analizando el objetivo de esta disposición legal, es decir, analizando lo que unos llaman un derecho, lo que otros

han llamado un deber y lo que algunos han denominado una función, me pregunto cuál es la índole de este acto que va á realizar el ciudadano con el voto obligatorio.

Y encuentro, señor, que se trata, no de una manifestación de la inteligencia ó del entendimiento, sino de la voluntad que es el voto; del latín *votum*, que designó originariamente las promesas, las ofrendas hechas á los dioses, y se aplicó después también á los actos políticos; que se expresa en francés con las palabras «vœu» ó «souhait», términos para los que no encuentro, en el español tan rico, palabras realmente equivalentes, porque carece nuestro idioma á veces de matices: ó son huevos ó son tomates, pero á veces no hay la media tinta.

El francés define con toda precisión las cosas. «Vœu, souhait», es decir, un deseo. Se le obligaría al ciudadano á tener un deseo. Y ocurre en muchos casos la dificultad de no tener deseos. (*Risas.*) ¿Y si no tiene ese deseo? ¿Si no lo siente? ¿Cómo se le obligaría legalmente á tenerlo?

Creo que el señor ministro no ha pensado en esa dificultad...

Sr. Ministro del interior—La dificultad está en el uso de una voz francesa que expresa cosas diferentes.

El argumento del señor diputado lo deduce de las palabras francesas «vœu» ó «souhait», que no traducen la palabra *voto* en su acepción legal.

Sr. Costa—Lo deduzco de la palabra española *voto*.

Voto es opción, y para esto es menester una predilección de orden moral.

Sr. Ministro del interior—En francés se traduce *voir*.

Así se dice: un diputado es elegido por tantos *voir*. No son elegidos por «vœux».

Sr. Costa—*Voir*, la voz, es la materialidad, como el instrumento de la expresión del voto que es el «vœux» ó «souhait».

El señor ministro confunde la materialidad de la expresión, el medio, con el acto subjetivo ó psicológico.

El voto es el deseo que se tiene, la predilección que se siente por una cosa. Por eso es que el analfabeto no debe ser excluido del sufragio, porque no se necesita saber leer y escribir para tener predilección y hacer una opción. Se pudo ser mitrista ó alsinista como era gran

parte de nuestro pueblo, sin saber leer ni escribir. Probablemente, si les hubiesen enseñado á leer y escribir, si se les hubiese dado mucha ciencia, á los que no la tenían se hubieran quedado tan mitristas ó alsinistas como antes. (*Risas.*) De manera que nada tiene que ver esta manifestación que se requiere para el voto, con lo que debe entenderse que es una manifestación del entendimiento.

Es por eso también que todos los casos aducidos como argumentos por el señor diputado por Tucumán, en el sentido de las prohibiciones relativas á la institución de la legítima, á la prestación de trabajo para el caso de labores agrícolas, en fin, todas las prescripciones y compulsiones legales de ese orden, pueden ser ejercitadas porque no se refieren á esto tan especial y de orden psicológico como es el exigir á un individuo que tenga un deseo. Y si no desea nada? ¿Y si ese ciudadano no prefiere ninguna de las personas en que pudiera pensar en ese momento en que va á elegir,—único momento en que yo decía,—y que comentó con mucha sutileza el señor diputado por Tucumán, en que el pueblo, el ciudadano es soberano,—si no llenan sus aspiraciones, ¿cómo se le va á obligar á que tenga un deseo y haga una opción? ¿Cómo se le va a obligar á sentir lo que no siente?

Se ha dicho que esa situación no se crea para un ciudadano, sino para todos los ciudadanos, y que si todos los ciudadanos hacen este abandono de su opción en el mismo momento, el gobierno no se constituirá y se disolvería la sociedad.

En primer lugar esta hipótesis es imposible, porque está en contra del instinto de conservación que se observa también en el orden social ó colectivo.

Pero admitiendo esa hipótesis inverosímil también podría admitirse ésta: que si todos los individuos resolvieran no casarse, refiriéndose al otro argumento traído con tanto acierto, en su interesantísimo discurso por el señor diputado por Buenos Aires, doctor Agote; si todos los individuos resolvieran no casarse, se disolvería la familia, se disolvería la sociedad; y en tal caso, para que no se disolviera la familia y la sociedad, ¿habría de imponerse á los hombres el deber de casarse, que es una opción parecida á ésta, porque es tam-

bién una predilección? Pero ¿y si no quiere casarse el individuo?

¿Se le habría de decir:—Usted se ha de casar,—con una rubia, con una morena: pero usted se ha de casar?—Pero, señor, si yo no quiero casarme con ninguna. (*Risas.*)—Usted va en contra de la misma propagación de la especie.—Muy bien, diría, pero no me caso.

Si todos pensaran lo mismo, admitiendo que teóricamente la propagación de la especie se hace por medio del matrimonio (*Risas*), se llegaría por abandono total y colectivo del derecho, á la disolución de la familia y de la sociedad. Y cumpliéndose esta hipótesis inverosímil, se habría llegado á la disolución de la familia y de la sociedad, por el voto de toda la sociedad, es decir habría venido una especie de terremoto, pero de terremoto deliberado: todo el mundo habría querido disolver la familia y la sociedad, todo el mundo habría querido disolver la sociedad política, no votando. Entonces no habría remedio contra esta disolución resuelta por la decisión y por la voluntad de todo el mundo. Ya se ve lo monstruoso de estas hipótesis.

Ahora, ¿por qué precepto, diremos, draconiano, inverosímil, vamos á obligar, no ya al ciudadano, sino al ser humano, al hombre, á tener en un momento dado, una predilección por cualquier cosa? Podríamos obligarlo á no tener ninguna predilección, pero á tener una manifestación activa de deseo, es á lo que no podemos obligarlo ni en el orden psíquico, ni en el orden fisiológico.

Este es el verdadero terreno en que esta cuestión debe plantearse, como es en el mismo terreno que debe plantearse la cuestión del voto de los analfabetos; y si esa cuestión se hubiera seguido disutiendo, ante el argumento que hacia el señor diputado por Salta, doctor Zambrano, que calificaba de grey á todo lo que había actuado en nuestra muchedumbre, en nuestra multitud...

Sr. Zambrano—Está equivocado el señor diputado.

Sr. Costa—... en la independencia, en las luchas por la libertad...

Sr. Zambrano—No he dicho eso, señor diputado.

Sr. Costa—No lo vamos á discutir, porque podría leerse al señor diputado, y eso él mismo puede hacerlo.

Yo le preguntaría al señor diputado por Salta si fueron grey los gauchos de Güemes, si lo fueron los granaderos á caballo...

Sr. Zambrano—Nunca lo he creído.

Sr. Costa—... si grey fueron los que combatieron en Quebracho Herrado los que pelearon en Caseros, porque así resultarían grey todos los que han luchado por nuestra independencia y nuestra libertad.

Porque, efectivamente, lo han sido, en cierto sentido; lo han sido por la razón que no definía el señor diputado por Salta, porque para luchar por la libertad ó por la independencia, no se necesita el intelecto; se necesita el sentimiento. Así es también la nacionalidad: es un sentir; no es un conocer. Por eso no se necesita ser inteligente, ni ser letrado para tomar parte, los ciudadanos y los pueblos, en sus grandes evoluciones colectivas. (*¡Muy bien!*)

Entonces nos encontramos, en realidad, sin que me parezca que esto pueda negarse, en presencia de una manifestación de voluntad, á la que se quiere determinar en el sentido *a* ó *b* por una prescripción legal, y si yo creo que pueden establecerse prescripciones legales que determinen cualquier acto que proceda del entendimiento ó en que éste sea parte principal, creo también que no puede negarse que el hecho de una opción se refiere á la voluntad, como se refiere el odio, como se refiere el amor. Vaya á imponerse á nadie la situación de ánimo, de odio, de amor, en un momento dado; si no la tiene, la ley no puede crearla.

Sr. Peña—El reglamento de la cámara nos obliga á votar en todo momento.

Sr. Costa—El señor diputado por Córdoba confunde dos conceptos muy distintos. El señor diputado por Córdoba confunde decisión con elección. Todas las deliberaciones, todos los votos que se dan en la cámara son por decisión, es decir, para resolver por un procedimiento mental la actitud que se ha de tener y todo asunto que se refiere á elecciones se resuelve por un procedimiento moral ó de predilección. Son dos cosas completamente distintas. La cámara delibera y el electorado elige. Por eso la Constitución ha dicho «el pueblo no delibera ni gobierna»; porque hay además de la dificultad pa-

ra obtener del pueblo una deliberación, que en realidad se comprende que el pueblo, tomado en masa, no sabe lo bastante para decidir; pero se entiende que todo hombre, bien conformado moralmente, siente lo bastante para elegir, para tener una opción, para indicar por cuál de los ciudadanos de su país, por sus condiciones, por su actuación, por su nombre, por su prestigio, ha de votar en un momento determinado. Para eso no se necesita saber leer ni escribir, ni establecer previamente un proceso mental, se necesita tener sentimiento de ciudadano, sentimiento de hombre, para hacer una opción, en todos los casos en que el ciudadano haya de votar, porque lo único que tiene que hacer el ciudadano es elegir, no hace otra cosa, no pronuncia decisiones.

De manera que querer establecer prescripciones legales para decir que el individuo, dentro de las manifestaciones de la voluntad, es absurdo. Porque ni siquiera se establecen prescripciones legales para decir que el individuo, dentro de las manifestaciones de su voluntad, no hará tal cosa—lo que sería más fácil;—en vez de eso, se le dice: vaya usted, desee usted tal cosa, prefiera tal otra; lo que es inadmisibles, porque el ciudadano contestará: Pero, señor, si en mi estado de ánimo no prefiero nada en este momento; si no tengo ninguna predilección; ¿cómo puede, por virtud de la ley, crearse un sentimiento que en mí no existe?

Se pueden imponer decisiones mentales, pero no sentimientos. Eso es ir en contra no ya del derecho del ciudadano, ni de las prescripciones de la Constitución: es ir en contra de la personalidad del ser humano constituido en sociedad, en la cual ha entrado al amparo de las instituciones libres, manteniendo íntegramente todas las libertades y atributos del ser moral que constituyen su personalidad. Es por eso que en este momento del debate estoy profundamente convencido de este aspecto del asunto y considero, no diré ya abusiva la prescripción legal de establecer el voto obligatorio, sino inverosímil y absurda, y como una medida asiática, de opresión. Verdaderamente extraordinaria, verdaderamente incongruente, dentro de todo lo que puede constituir el concepto de las cosas en un orden social de un país libre.

Ahora, dejo concluida ya, me parece, de mi punto de vista, la demostración sobre este aspecto del asunto, quedando también contestado el argumento muy sagaz que hizo el señor diputado por Tucumán, relativo al deber ineludible que tiene el ciudadano, ya que no de libera ni gobierna, de constituir el mandatario.

Tendrá todos los deberes; es indudable que los tendrá; pero lo que no puede hacer el señor diputado por Tucumán es que tenga la predilección de que carezca en un momento dado y que no puede crear por virtud de la ley. Si no la tiene, no la tiene y no lo puede obligar a tenerla.

Ahora, como este estado de ánimo no es probablemente el estado general de todos los ciudadanos, los que se encuentran en esta situación de ánimo no votarán y no concurrirán a formar gobierno. Y si la sociedad se ha de disolver y el gobierno no ha de constituirse porque no quieren votar los ciudadanos, bien ó mal disuelta, pero disuelta, estará la sociedad y el gobierno en este caso por el voto de todo el mundo.

Ahora desearía preguntarle al señor ministro, ya que tan extremas resoluciones se proponen en este asunto,—si con esta sanción—no por supuesto para votar nunca en favor del artículo, sino para darme bien cuenta de su alcance—si con esta sanción, digo, dentro del sistema que se ha votado en general de la lista incompleta, el señor ministro cree que se poblaría el comicio, que se suprimirían las atenciones, que se modificaría la composición del Congreso? Y desearía en este caso ser interrumpido por el señor ministro...

Sr. Ministro del interior—No es una interrupción...

Sr. Costa—Es una respuesta.

Sr. Ministro del interior—Yo lo creo firmemente. Creo que el comicio se poblaría y que en lugar de veinte ó veinticinco por ciento, término medio, llegaríamos a un sesenta ó setenta por ciento de votantes.

Sr. Costa—Con esta manifestación que ha hecho, con sus primeras palabras, tengo lo suficiente, y me atengo al primer discurso del señor ministro.

El señor ministro dijo que para el año 1914, tendríamos cuarenta ó cincuenta diputados que, según el señor

ministro, habrían cambiado el aspecto del Congreso.

Voy á entregar á la mesa del señor presidente, un pequeño cuadro titulado así: «Cuadro de la aplicación de la lista incompleta, de acuerdo con el sorteo establecido para la renovación de la cámara», del cual resulta en síntesis, aparte de otros datos circunstanciales, que en 1912 habría quince diputados de todas las minorías en el Congreso, y en 1914 treinta; porque el señor ministro al hacer esta cuenta, en su primer discurso, estableciendo cuarenta ó cincuenta diputados para esa fecha, no ha considerado el número de provincias que no gozarán de este beneficio de la lista incompleta, las cuales quedan como en un eclipse total de sol y de luna. El señor ministro ha aplicado el sistema á todo el territorio de la República, y en realidad, el resultado positivo es de quince diputados en la primera renovación por la lista incompleta y otros tantos en la segunda renovación. Después

en las sucesivas renovaciones vendrán otros quince y saldrán siete; de modo que en realidad este sistema es como la institución legal del tonel de las Danaides, con un chorrito por donde entra y un agujerito por donde sale... (Risas). Nunca se adelanta un centímetro más de esta situación y para llegar á este resultado, vamos á tomar estas medidas que son realmente de facultad extraordinaria, aunque las dicte el Congreso, en cuanto van á regir, no ya la conciencia, sino algo más remoto y más inalienable que la conciencia de los ciudadanos, la formación de su sentir, la formación de sus sentimientos, lo que no está en el arbitrio de ninguna ley, puesto que no está en el del mismo ciudadano, que no puede sentir de un modo ú otro, sino como sienta, que no siente nada si nada siente, y no le puede variar su sentir ninguna ley ni él mismo.

Dejo en la mesa del señor presidente el siguiente cuadro:

CUADRO DE LA APLICACION DE LA LISTA INCOMPLETA

DE ACUERDO CON EL SORTEO ESTABLECIDO PARA LA RENOVACION DE LA CAMARA

	Elige	En 1912	En 1914	En 1912		En 1914	
				2/3	1/3	2/3	1/3
Capital.....	20	11	9	8	3	6	3
Buenos Aires.....	28	15	13	10	5	9	4
Santa Fe.....	12	6	6	4	2	4	2
Entre Ríos.....	9	1	8	1	0	5 ó 6	3 ó 2
Corrientes.....	7	3	4	2	1	3	1
Córdoba.....	11	8	3	5 ó 6	3 ó 2	2	1
San Luis.....	3	3	0	2	1	0	0
Santiago.....	5	3	2	2	1	2	0
Mendoza.....	4	1	3	1	0	2	1
San Juan.....	3	2	1	2	0	1	0
La Rioja.....	2	1	1	1	0	1	0
Catamarca.....	3	1	2	1	0	2	0
Tucumán.....	7	2	5	2	0	3	2
Salta.....	4	2	2	2	0	2	0
Jujuy.....	2	1	1	1	0	1	0

De él se desprende:

1.º Que en cinco provincias, á saber: San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy, no será aplicable la lista incompleta en ninguna renovación legislativa.

2.º Que en 1912 y sucesivamente en 1916, 1920, etc., en dos provincias más, Entre Ríos y Mendoza, tampoco será aplicable.

3.º Que en 1914 y sucesivamente en 1918, 1922, etc., no lo será en otras dos,